

NACHTER



Academia de Madres

Cómo Ser
una mamá
como las
de antes



N A C H T E R

Academia de Madres: El origen

Cómo ser una mamá como las de antes

m̄

© Nachter, 2022

Edición y fijación del texto: Enrique González, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mediciones.es

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de cubierta: © Luis Doyague, 2022

Fotografía de Nachter: © archivo del autor, 2022

ISBN: 978-84-270-4969-7

Depósito legal: B. 5.081-2022

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

- { 11 } **Introducción**
- { 15 } CAPÍTULO 1. Academia de Madres: El origen
- { 23 } CAPÍTULO 2. Primer paso: Buscar un aula y anunciar la Academia de Madres
- { 35 } CAPÍTULO 3. La Academia recibe a sus primeras alumnas
- { 43 } CAPÍTULO 4. Primera clase: Qué es ser una madre como las de antes
- { 53 } CAPÍTULO 5. El inicio ha sido un éxito y toca compartirlo con la familia
- { 63 } CAPÍTULO 6. Vuelta a las clases: Introducción de conceptos básicos
- { 73 } CAPÍTULO 7. Excursión al Museo Nacional de la Maternidad
- { 89 } CAPÍTULO 8. Introducción al uso de la chancla: Teoría y clases de chanclas
- { 105 } CAPÍTULO 9. Introducción al uso de la chancla: Primera clase práctica
- { 125 } CAPÍTULO 10. El confinamiento: Las clases seguirán *online*

{139}	CAPÍTULO 11. Vuelta a la academia después del confinamiento
{149}	CAPÍTULO 12. El Gran Contagio
{163}	CAPÍTULO 13. La Batalla de la Academia
{175}	CAPÍTULO 14. El portón
{187}	CAPÍTULO 15. Fin de curso
{197}	Agradecimientos

CAPÍTULO 1

Academia de Madres: El origen

Era un domingo caluroso de agosto y Madre hacía ya media hora que remoloneaba en la cama. No podía dormir, así que se levantó temprano, como de costumbre. El reloj de la mesilla marcaba las 6:02 de la mañana (sí, en domingo, vamos, lo normal para una madre que se precie). Pero ese no era un domingo cualquiera.

Hacía ya un tiempo que llevaba dándole vueltas a un pensamiento que le había venido a la cabeza hacía unos meses. Un pensamiento que se había plantado como una semilla y había crecido haciéndose hueco en su cabeza de madre ajetreada, entre otros muchos pensamientos que rondan las cabezas de las madres: cosas del trabajo; discusiones con su marido (el Padre) que, aunque siempre ganaba ella (por si había alguna duda), le generaban sus quebraderos de cabeza, como a todo ser humano (y sobrehumano, como las madres); temas de casa, porque sí, además del trabajo, luego tenía ese segundo trabajo, que no estaba pagado y que consistía en sacar adelante el hogar; preocupaciones por sus hijos, que eran tres... ¿O eran dos? A veces, por alguna razón, perdía la cuenta y se olvidaba del segundo, al que solía confundir con el fontanero o el repartidor, pero ¿a qué ma-

dre no le pasa? ¿Qué madre no se ha olvidado alguna vez de su hijo mediano, especialmente después de que nazca su hijo pequeño...? ¿No? Los hijos medianos, esos grandes olvidados...

Hablando de sus hijos, el Hijo Mayor era un buen chico, bien educado y maduro. Ese año iba a empezar la universidad. ¡Qué mayor se había hecho, todo un hombretón! Cómo había pasado el tiempo desde que le dio a luz, le cambiaba los pañales o le daba la papilla, y míralo ahora, dieciocho años y ¡hale!, a la universidad.

Después, estaba su Hijo Pequeño, la luz de sus ojos, su ojito derecho, su nenito querido del alma, el ser más bello y hermoso, impoluto e inmaculado que una madre jamás podría haber engendrado. Con él, el tiempo no pasaba. Seguía siendo su bebé y Dios sabía que siempre lo sería, daba igual lo que ocurriese. Madre tenía la sensación de que nunca crecía y que nunca lo haría. A pesar de ello, y sin saber cómo, iba a pasar a 4.º de primaria..., su joven principito, ¡qué mayorzote estaba!

Por último, entre estos dos, Madre recordaba que había otro niño, un chico que le solía resultar desconocido. Por alguna razón, no se le quedaba su cara, aunque le empezaba a parecer familiar en algunos momentos de lucidez. Tenía una cara no muy agraciada y grande, como una almendra. Por lo que Madre recordaba, el chico acabó siendo parte de la familia hacía ya tiempo, aunque no lo sabía con exactitud. Sí se acordaba de que siempre estaba por casa, así que, un día, Madre dejó de hacerse preguntas y permitió que se quedase a jugar con sus hijos. Si no le fallaba la memoria, lo habían contratado hacía ya un tiempo para que arreglase unas tuberías que goteaban y, desde entonces, parecía uno más. Se llevaba muy bien con los otros Hermanos, el Mayor y el Pequeño, aunque a veces tenían sus cosillas, como todos los hermanos tienen entre sí.

Pero, como iba diciendo, aquel domingo de agosto no sería un domingo cualquiera. Madre había empezado a tener problemas últimamente en su trabajo porque su jefe le había reducido la jornada y el sueldo debido a una situación crítica por la que estaba pasando su empresa. Se había visto forzado a echar a varios empleados en los últimos meses y, claro, esto le hizo plantearse cosas a Madre... ¿Podría ser ella la siguiente? ¿Era ese el paso previo a su despido definitivo? Desde hacía ya unas semanas se sentía estancada en su vida laboral, y algo también en la personal. Su verdadera pasión siempre había sido la educación, pero su madre, Abuela, la convenció para estudiar una carrera con mayor proyección laboral, así que estudió ADE y acabó trabajando en el departamento de *marketing* de su empresa actual, una fábrica de maquinaria industrial situada a las afueras de la ciudad de Valencia, donde vivía con su familia.

Abuela era una gran mujer, dura y estricta, pero a la vez entrañable y cariñosa, y era la que le había enseñado todo lo que sabía sobre cómo llevar un hogar con mano dura. Gracias a eso, sus hijos no eran unos niños malcriados como la mayoría de niños que veía a su alrededor cuando iba por la calle. De ella había heredado el más preciado objeto que una madre puede poseer: la Chancla de Abuela, que a su vez fue de la madre de su madre, y de la abuela de su madre antes que de esta. La Chancla la había acompañado desde que dio a luz a su hijo mayor (entonces no era el Hijo Mayor porque era hijo único, obviamente). Pero ya habrá tiempo de hablar largo y tendido sobre la Chancla, por ahora, continuemos con la historia de Madre.

Madre era cada vez más consciente de cómo habían cambiado las madres con el tiempo con respecto a lo que su madre, Abuela, había sido con ella. Los niños de hoy en día parecían

mucho más blandos y mimados porque sus madres eran también unas blandas y consentidoras.

Unos días atrás, paseando por el parque, Madre fue testigo de una situación dantesca. Una mujer paseaba también por el parque con su hijo pequeño, que no tendría más de seis años, y este vio un puesto de golosinas y otras porquerías. El niño le pidió a su madre, no de muy buenas maneras, que si le podía comprar un helado y unas golosinas (o *guarrerías*, como las llamaba Abuela). La madre dijo que no y, acto seguido, estalló un sonido infernal, como si la ciudad estuviera en peligro de ser atacada por bombarderos Messerschmitt Me 264 y estuviese sonando la alarma de emergencia para que acudiesen al refugio más cercano. Ese sonido tan molesto y odioso cesó a los diez segundos, cuando Madre ya se dirigía rauda a la primera boca de metro que encontrase.

Entonces se dio cuenta de que *solo* era el niño llorando (aunque, más que un niño, sonaba como un submarino nuclear que estaba a punto de sumergirse). En ese momento pasaron todo tipo de pensamientos homicidas por la cabeza de Madre, pero respiró hondo y se calmó, pensando que ahora ese niño, como diría su madre, iba a llorar con razón...

Para su sorpresa o, más bien, para su decepción, la madre de la pequeña alarma nuclear con brazos y piernas a la que llamaría «hijo», o incluso «cariño», le había comprado una bolsa de gorrinadas y un helado de *extratachuela*. Esa era la razón por la que el niño había vuelto a meter en su cuerpecito al demonio (o legión de demonios) que llevaba dentro, y no que, como habría hecho Madre, le hubiera endosado una sarta de chanclazos que le habrían quitado la voz al pequeño dictador al menos hasta que tomara la primera comunión.

—Toma, cielito —le dijo su madre mientras le besaba en la frente tiernamente.

«¿Toma, cielito?», se preguntó fascinada Madre, mientras se imaginaba la de cosas que le habría *dado* a alguno de sus hijos si estos hubieran recreado aquel episodio de la forma más remota. No daré más detalles, pero helado, lo que es helado, no les habría dado; al contrario, *calentitos* se habrían vuelto a casa.

Este evento, junto con los problemas laborales que atravesaba Madre, propiciaron que en su mente se plantase la semilla de algo que no se había planteado antes y que, de hecho, nunca se habría atrevido a llevar a cabo debido a muchos inconvenientes. La semilla era el emprendimiento de su propio proyecto: quería crear una academia de madres para ayudar a mujeres como la pobre madre aquella del parque, la madre de ese pequeño engendro del mal, a aprender a ser unas buenas progenitoras, a ser madres como las de antes, como lo fue la suya, y la madre de esta antes que ella.

Los inconvenientes, su propia vida: su situación y su familia. ¿Cómo iba a decirle a su marido, Padre, que quería dejar el trabajo para emprender, a su edad, con una familia a sus espaldas? La idea le daba miedo, pero también la ilusionaba. Ella sabía que tenía mucho que aportar, pero... ¿por dónde iba a empezar?

Aquel domingo caluroso de agosto, Madre se levantó temprano como de costumbre, pero inquieta. La semilla de su cabeza había germinado y crecido hasta hacerse un árbol: ya nada ni nadie podría hacer que se echase atrás, nada ni nadie podría talar esa idea.

Madre iba a emprender. Madre iba a crear su propia Academia de Madres.